



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA
ISSN 2718-6318
Año 1 | Número 2 | Agosto 2020

La frontera México-Estados Unidos como relato del fin del mundo

Gerardo Gómez Michel¹
gerardogmichel@bufs.ac.kr

¹ Nació en Tijuana, México, y actualmente es profesor e investigador del Instituto de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Busan, en Corea del Sur. La literatura y los estudios culturales de la frontera son unas de sus áreas de interés.

La línea que conforma los 3,145 kilómetros de frontera entre México y Estados Unidos ha tenido una vocación metafórica desde siempre. En otro momento yo he sugerido una interpretación donde se le ve como una pantalla donde se proyectan diferentes fantasmagorías que atienden (y se aprovechan de) los sueños y pesadillas de los espectadores a quienes va dirigido el espectáculo proyectado, que nunca es el mismo, como no lo son los públicos que acuden seducidos por el misterio de este espacio límite (Gómez Michel, 2018). Sin embargo, las extremadamente significativas particularidades de esta frontera, geopolíticas, culturales, económicas, parecen haber promovido históricamente que sea reconocida como una proyección del fin del mundo. Se podría alegar que toda frontera implícitamente significa el fin del mundo. Especialmente desde la creación de los modernos estados-nación y la conformación de las fronteras nacionales y los ejércitos que las resguardan. Porque en efecto, las famosas “líneas imaginarias” son el límite —o lo que es lo mismo, el fin— del país, de la soberanía, de la comunidad imaginada, del territorio que consideramos nuestro y nos enfrenta a *los otros*, los del *otro lado* de esa línea. De ahí que cruzar una frontera tenga siempre cierta connotación subversiva, seductora y al mismo tiempo amenazante. La frontera funciona en todo momento como una promesa doble que ofrece por un lado peligro y por otro recompensa, ambos aspectos acechantes, inciertos, ambiguos, por eso el cruce es hasta cierto punto un acto subversivo. La emoción de penetrar en un espacio nuevo está en todo momento amenazada por la posibilidad del no-retorno. La metáfora del fin del mundo, curiosamente, funciona desde los dos extremos de la proyección, ya sea positiva o negativa. El efecto de un mundo que se acaba en esa línea, especialmente al cruzarla, corresponde tanto a la tragedia como a la victoria, porque si bien, la primera conlleva dolor, la segunda genera nostalgia por lo perdido del otro lado.

Evidentemente, no todas las fronteras tienen el mismo impacto en el imaginario de quienes las viven. Este suele crecer proporcionalmente con las diferencias culturales y los conflictos históricos de la frontera en cuestión. Basta repasar algunos aspectos para entender por qué se vuelve el borde entre



Vista del muro fronterizo desde Tijuana, México (foto del autor)

México y Estados Unidos un espacio paradigmático de la exclusión, ese otro significado inherente de la frontera. Surgida de la derrota de México en una guerra instrumentada por Estados Unidos (1846-1848) para continuar su proyecto expansionista, la historia fronteriza entre los dos países desde entonces ha estado signada por una relación de poderes asimétricos entre el Norte y el Sur. Sin que sea explorado o introyectado profundamente en la mente de los mexicanos en la educación formal —motivo por lo que no hay realmente una aversión más abierta o contundente contra los estadounidenses—, en el imaginario nacional no deja de ser la frontera norte un motivo para recordar el fin de un México *completo* al que se le robó la mitad de su territorio. Además, la derrota significa que, si aceptamos que para bien o para mal fueron los territorios coloniales los que dieron pie a los estados-nación modernos en Latinoamérica, la frontera norte es el fin del mundo heredado de la Nueva España. En este contexto es fácil entender la metáfora de la frontera como cicatriz.

Debido al pasado colonial compartido, la frontera norte de México es por extensión la frontera donde termina América Latina y comienza el dominio de la Norteamérica blanca (aunque no sea tan blanca en la realidad). El famoso muro intenta detener (sin éxito, como



Mojón fronterizo del lado mexicano con el muro trumpiano de fondo (foto del autor)

bien se sabe) no solo el paso de los migrantes, sino también el bagaje cultural que traen consigo, lo que se ve como amenaza no solo en los discursos xenofóbicos de un fanático como Trump, sino también por académicos respetados como un Samuel Huntington, para quien la lengua española representaba especialmente una amenaza a la integridad del imperio anglosajón del norte (Huntington, 2004). Aquí, aunque se inviertan los términos y los argumentos que sostienen la metáfora, la frontera igualmente representa una proyección del fin del mundo, en este caso, de la imagen (cada vez más caduca) de prosperidad del Estados Unidos de la posguerra, ese “paraíso perdido” al que aluden Trump y sus seguidores con el lema de “Make America Great Again”.

Curiosamente, la amenaza de echar el mundo abajo, ese soñar el *dream americano* en español que tanto repudiaba Huntington, o el desprecio racial de Trump que ve en los inmigrantes mexicanos a violadores y narcotraficantes, los aborrecidos bárbaros del sur, se corresponde con el desprecio y temor que los intelectuales latinoamericanos han tenido hacia los bárbaros del norte, contra quienes argumentaban autores como Rodó en defensa del humanismo latino del hispanoamericano, como Martí que advirtió con lucidez lo que significaría el imperialismo yanqui para las débiles repúblicas latinoamericanas, o como Vasconcelos, que veía en la cultura

anglosajona la causa de la corrupción cultural de los *pochos* del norte de México (Ramírez Pimienta, 2001). La línea fronteriza, desde el lado que se le vea y con los argumentos nacionalistas correspondientes, funciona como el preámbulo de un posible desastre (una invasión) que acabe con el mundo en el que nos reconocemos cada parte. La percepción es que se trata de mundos opuestos: el primer y el tercer mundo, la civilización contra la barbarie, catolicismo latino frente a protestantismo anglosajón, blancos contra mestizos, el español frente al inglés, riqueza y pobreza, imperio de la ley frente al crimen organizado, democracias ante dictaduras y un largo etcétera que tiene un frágil dique de contención que llamamos de muchas formas: la frontera, el muro, la valla, la línea, el bordo, el cerco. Esta oposición histórica intracontinental entre el sur latinoamericano y el norte anglosajón (Canadá incluida), con el ascenso de Estados Unidos como primera potencia mundial, daría paso a la conformación ideológica de esta frontera como el límite por excelencia entre el Sur y el Norte global.

La década de los noventa, de alguna manera, fue la edad dorada de la frontera entre México y Estados Unidos. El neoliberalismo prometía, vía el tratado de libre comercio (TLC), que la asimetría finalmente desaparecería. La euforia del binacionalismo no duró demasiado. La realidad dejaba claro que el Norte no estaba dispuesto a convivir con el Sur bajo las mismas condiciones. Así es como a la celebración que en su momento hacía García Canclini por las oportunidades culturales, sociales y artísticas que abría esta etapa para la frontera (García Canclini, 1989), Heriberto Yépez, un intelectual local le respondía con ironía: “¿La frontera mexico-americana se caracteriza por la hibridación? You wish. Por la desigualdad, brother, por la desigualdad” (Yépez, 2006). No se equivocaba Canclini en que se iniciaba un proceso de fértil creatividad y producción artística sobre la frontera, pero lo que no preveía es que se trataría de intervenciones en el propio muro de la frontera denunciando la falacia de la celebración de amistad binacional, como le aclaraba Yépez. Con las diferentes renovaciones del muro que ha venido haciendo Estados Unidos para reforzarlo, vuelven a aparecer las obras

artísticas que lo intervienen con cruces, nombres y estadísticas de migrantes muertos en el intento del cruce ilegal.



A la izquierda mural sobre la nueva valla y a la derecha escultura con cruces, ambas en Tijuana, México en el 2020 (foto del autor)

Pero si creemos que el cruce legal de los habitantes fronterizos podría ser la contraparte de estas desgracias, la cara feliz de la relación binacional (y global) entre el Norte y el Sur, no faltan los relatos que desmienten esta idea. Luis Humberto Crosthwaite, un reconocido escritor fronterizo de Tijuana, en clave de ironía ofrece a los candidatos al cruce sus *Instrucciones para cruzar la frontera*, que curiosamente abre con estas palabras: “Piensa en esto: *de preferencia no lo hagas.* / La verdad no vale la pena el ajetreo. Te lo dice quien confiesa haber cruzado la frontera unas mil seiscientas treinta y dos veces durante su vida, por trabajo, por ansiedad o por fastidio” (Crosthwaite, 2002 énfasis nuestro). El ajetreo al que se refiere —y que es de sobra conocido por los mexicanos de ambos lados, los que trabajan allá y viven

acá, los que estudian allá pero son de acá, los que gustan de lo de allá pero nacieron acá, los que nacieron allá pero extrañan lo de acá...— es el cruce de la frontera en coche a Estados Unidos, que para muchos es en realidad un viacrucis, un sacrificio y para algunos, como otro personaje de Crosthwaite, la puerta a la locura. Viendo este escenario desde un punto alto en un edificio o cerro aledaño, se puede percatar de la cualidad de *no-espacio* del cruce en coche, la imagen tiene algo de apocalíptica, se ve un río de vehículos a los que se los traga la frontera y desaparecen para no volver.

Por otro lado, no se puede negar que la frontera y la migración tienen correlatos positivos y algunos incluso de éxito y felicidad. Familias que dejaron atrás la miseria y ascendieron socioeconómicamente; artistas que cada vez más dejan huella y logran re-



territorializar la herencia cultural en suelo estadounidense, la seducción que tiene para tantos el *Spanglish* y su inherente juego verbal subversivo, entre otras historias. Pero incluso en estos casos, pareciera que la imagen del fin del mundo quedara como una sombra que oscurece algunas esquinas de estos relatos de triunfo. Ya sin referirse a historias individuales, sino a lo que significan en el imaginario y representan en términos de la frontera y especialmente desde el Sur, por ejemplo, para los migrantes exitosos pero que no vuelven a México se les señala con la alegoría de vivir en una “jaula de oro”. Los artistas que se dedican y empeñan en posicionar la cultura del Sur en ese Norte esquivo y egocéntrico, de alguna manera acaban por desconectarse del origen y centros de producción de la identidad cultural que se empeñan en mantener. Aunque sea un poco triste admitirlo, la realidad es que el *Spanglish* no entusiasma en su tierra de origen *ancestral*, los países hispanohablantes. Acá, generalmente se ve como una curiosidad

que da color en las películas de Hollywood donde aparecen “latinos” o “hispanos”, gentilicios (erróneos) que, por otro lado, los latinoamericanos nunca usan en sus países de origen y que, después de todo, les fueron dados en Estados Unidos. Además, si se hace una reflexión un poco más profunda del fenómeno del *Spanglish*, se puede ver que no dista mucho de reflejar una habilidad bilingüe de los migrantes de generaciones posteriores a la original y que apunta, conforme se adquiere mayor educación formal, a una futura pérdida del español que dará paso en siguientes generaciones al monolingüismo en inglés. Es decir, a pesar de todo, tanto en la victoria como en la derrota, de una u otra manera, la frontera México-Estados Unidos con sus niveles local, regional, nacional y global, sigue sosteniendo firmemente, con ese doble filo de sueño y pesadilla, su composición como relato del fin del mundo.

Para terminar, basta un ejemplo actual para mostrar hasta qué punto esta metáfora no es estática sino extremadamente fluida y dinámica. Como era previsible, la pandemia del Covid-19 pronto se convirtió en terreno fértil para una nueva faceta de la metáfora fronteriza debido a su inherente sentido apocalíptico a nivel global. No obstante, aquí, en esa línea de última defensa entre el Norte y Sur, seguramente pocos pensarían que, a contracorriente de lo que ha sucedido en las últimas décadas, no es el Norte el que ahora expresa desprecio y temor ante el caos y peligro del Sur, sino lo opuesto, son los mexicanos los que piden a las autoridades que cierren los pasos fronterizos hacia el Sur, porque el Norte es el epicentro de la pandemia mundial y representa un peligro inminente. “‘Quédate en casa’ y ‘Exigimos el cierre de la frontera’, se leía en algunos letreros que sostenían las personas con cubrebocas que bloquearon temporalmente la garita de Nogales, la principal entrada desde Arizona hacia México” (*Esquire*, 27 de marzo de 2020). A final de cuentas parece que el mensaje que la frontera insiste en proyectar en ambas caras, en diferentes momentos históricos y con diferentes imágenes y argumentos es que esa, sea cuál sea el relato que se cuente en ese momento, es la puerta al fin del mundo que amenaza *desde el otro lado*.

Bibliografía

Crosthwaite, Luis Humberto (2002), *Instrucciones para cruzar la frontera*. México: Joaquín Mortiz.

Esquire (2020), “Mexicanos bloquean la frontera para impedir el paso a Estadounidenses”, 27 de marzo. (recuperado el 2020/12/10 de <https://www.esquirelat.com/politica/mexicanos-bloquean-frontera-coronavirus-estados-unidos/>)

García Clanclini, Néstor (1989), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo.

Gómez Michel, Gerardo (2018), “La fantasmagoría de la frontera en narrativas migratorias del post-boom”, *Revista Iberoamericana*, Vol. 84, Núm. 265, 1007-1024.

Huntington, Samuel (2004), “The Hispanic Challenge”, *Foreign Policy*, March-April, 30-45.

Ramírez-Pimienta, Juan Carlos (2001), “Algunas notas sobre la frontera norte y José Vaconcelos”, *Texto crítico*, Vol. 4, Núm. 8, 127-136.

Yépez, Heriberto (2006), *Made in Tijuana*, Mexicali: Instituto de Cultura de Baja California.